

OVID-19:
Más allá de la pandemia

Joan Carrera i Carrera



La totalidad de este libro, tanto el contenido como el diseño están sometidos bajo licencia  <<Reconocimiento-No comercial-Obras derivadas>> que puede consultar a la red a <<https://creativecommons.org/licenses/?lang=es>>

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA
Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net
ISSN: 2014-6485

Edición: Santi Torres Rocaginé
Traducción del catalán: Cristina Illamola
Diseño cubierta: Jordi Pascual Morant
Diseño y maquetación: Pilar Rubio Tugas
Julio 2020

COVID-19: MÁS ALLÁ DE LA PANDEMIA

Joan Carrera i Carrera

SUMARIO

- 05** 1. UN «EXTRAÑO» VIRUS HA IRRUMPIDO EN NUESTRAS VIDAS
- 07** 2. VALORES PUESTOS EN TELA DE JUICIO
- 11** 3. LA TENTACIÓN AUTORITARIA
- 18** 4. LA GRAN TRANSFORMACIÓN

Joan Carrera i Carrera

Jesuita, licenciado en medicina y doctor en teología. Profesor de Moral Fundamental en la Facultad de Teología de Cataluña. Profesor colaborador en ESADE. Es miembro del equipo de Cristianismo y Justicia.

1. UN «EXTRAÑO» VIRUS HA IRRUMPIDO EN NUESTRAS VIDAS

Aquello que parecía lejano en el espacio (una epidemia que pasaba por una región remota de China) y lejano en el tiempo (ya nadie recuerda la denominada «gripe española», que mató a unos 40-50 millones de personas en plena Primera Guerra Mundial), de repente se ha hecho presente. Y es que en Occidente las epidemias ya no forman parte de nuestra memoria colectiva, como ocurre en otras partes del planeta que las sufren periódicamente, que las conocen y contra las que luchan, a veces con medios precarios. Sin ir más lejos, en 2019, unos pocos periódicos se hicieron eco (en sus páginas interiores) de una epidemia en la República Democrática del Congo, que causó más de 6.000 muertos. Y no una epidemia extraña, sino una muy conocida como el sarampión, que puede combatirse con una buena vacuna¹.

Este virus ha paralizado Occidente, ha hecho percatarnos de nuestras seguridades y nos ha hecho sentir vulnerables. Creíamos que la ciencia nos proporcionaría respuesta a todo, pero nos hemos dado cuenta de que no es así. Reclamamos respuestas y salidas rápidas, pero estas requieren tiempo. Nos hemos dado cuenta de que la sensación de invulnerabilidad era, en cierto modo, un espejismo, fruto de años y años de invisibilizar nuestra vulnerabilidad (enfermedades, miedos, incertidumbres...) y la de aquella parte de la población rechazada y apartada a los márgenes, los descartados. Ya había voces que advertían de esta creciente invisibilización de la vulnerabilidad, pero eran más fuertes las que prometían un crecimiento económico, superar la crisis, que todo iría bien... Este virus nos ha hecho abrir los ojos a realidades que estaban junto a nosotros, con las que convivíamos, pero que nos negábamos a aceptar.

El virus ha sido fruto de un azar natural², pero muchos apuntan hacia la existencia de factores que han acelerado su propagación, como, por ejemplo, los viajes o las grandes interconexiones de nuestro planeta; también algunos han mencionado factores climáticos como el incremento de las partículas contaminantes que han favorecido su transmisión, o la creciente pérdida de biodiversidad... Será necesario esperar a tener estudios que lo corroboren o lo desmientan.

Además, esta irrupción tan inesperada y rápida ha hallado sistemas sanitarios debilitados por políticas neoliberales que, desde los años ochenta, no solo han invertido poco en salud pública, sino que han ido externalizando y privatizando este bien. La inversión social tampoco ha sido suficiente durante

1 Epidemias más locales que se dieron sobre todo en África y Asia afectaron a una parte importante de la población, con un importante número de muertos. Por ejemplo, en China se contabilizaron más de 5000 casos y 349 muertos entre 2003 y 2004. El ébola, con una alta mortalidad, afectó a bastantes países africanos durante muchos años desde los primeros casos detectados en 1976. O la que ya hemos citado, la epidemia de sarampión en la República Democrática del Congo, que en 2019 provocó la muerte de unos 6000 niños y niñas, según [fuentes de la OMS](#).

2 Pese a que han aparecido teorías conspiranoicas que atribuyen su aparición a chanchullos políticos, cocinados en laboratorios donde se experimenta con nuevas armas biológicas.

los últimos años. Un ejemplo son las residencias de personas mayores, en la mayoría de los casos bajo gestión privada. Sería conveniente analizar hasta qué punto estos factores más políticos han influido en la propagación de la epidemia y en la elevada mortalidad. Lo que sí ha ido constatándose es que las áreas de las grandes ciudades en las que residen las personas con mayores índices de pobreza han sido también las más afectadas por la epidemia. También sería necesario añadir otros factores a estos análisis, como, por ejemplo, la vivienda, el tipo de trabajo, la estructura familiar...

En este artículo de urgencia no nos centraremos en estos análisis. Nuestra intención es presentar esta epidemia, la respuesta que ha generado (por parte de la clase política y económica) y las consecuencias que son el preludio de futuras crisis. También qué aspectos de nuestro sistema social y económico sería necesario poner en duda, para prever y evitar que nuevos episodios como el que estamos viviendo vuelvan a producirse en un futuro no muy lejano.

Hace años que muchas voces, a menudo calificadas de catastrofistas, habían anunciado que no hallamos en los albores de una crisis civilizatoria. Desde la ecología, desde movimientos indigenistas, desde los partidarios del decrecimiento, desde los movimientos anticapitalistas... Muchas voces, diversas y variadas, aunque unidas por el mismo clamor: esto no puede seguir así. Algunas utilizan, a menudo, los argumentos del miedo, pero muchas intentan ensayar formas alternativas de vida.

En los últimos tiempos, sin embargo, también se han puesto de manifiesto respuestas defensivas del sistema económico y sus seguidores políticos, unas respuestas que buscan que todo siga igual y que no se cuestione el sistema social. Pese a que las sacudidas pueden generar miedos, incertidumbre y despierten la búsqueda de la seguridad a cualquier precio, también nos ofrecen la oportunidad de tomar consciencia de los pies de barro en los que se basa nuestro sistema social.

2. VALORES PUESTOS EN TELA DE JUICIO

Tal y como hemos mencionado antes, este virus ha mostrado la vulnerabilidad de nuestra civilización, acostumbrada a la seguridad ante los riesgos. Hemos descubierto que la medicina y/o la ciencia no lo pueden todo, no lo controlamos todo... Alguien puede exclamar «¡Como si antes no lo supiéramos!», pero es cierto que en las últimas décadas hemos visto una actuación de la sociedad y de los políticos que no lo ha tenido en cuenta. Hemos vivido como en una especie de *Mátrix* que miraba hacia otro lado cuando veía que las estadísticas advertían del nivel de pobreza, del incremento de suicidios³, de la creciente precariedad laboral, de los recortes en todos los ámbitos públicos...

De repente hemos despertado y muchos de los valores que considerábamos falsamente seguros se han puesto en duda.

³ Según el [INE](#), en 2018, 3599 suicidios, un 3,1 % más que en el año anterior sobre un total de 427721 defunciones y en Cataluña 522 suicidios (fuente: [IDESCAT](#)).

2.1. El empleo del tiempo

7

Este bache nos está haciendo descubrir el valor del tiempo. Hemos tenido que detener las actividades y confinarnos en casa para empezar a descubrir las dificultades de conciliar las tareas del hogar, el cuidado de los hijos, el teletrabajo... Quién sabe si a partir de ahora empezaremos a valorar más el trabajo de muchas mujeres que cuidan de los suyos a la vez que lo compaginan con su vida profesional. O de esas otras cuya vida profesional es precisamente cuidar de los otros, a veces sin reconocimiento ni unas condiciones laborales adecuadas.

Quizás también hemos descubierto tiempo para estar sin hacer nada y aburrirnos. En algunas familias, se ha recuperado el placer de jugar juntos y conversar. Quizás en otras ha sucedido justo lo contrario y cada uno se ha encerrado aún más en su habitación para conectarse a la red o hacer *zapping* constante por internet. Y tal vez, en otras, la convivencia no ha hecho más que acentuar problemas de relación.

2.2. El valor de la economía

Uno de los «descubrimientos» ha sido que nuestro sistema económico entra en crisis si se detiene la producción durante cierto tiempo. Esto lo hemos recibido como normal, pero sería interesante preguntarnos lo siguiente: ¿Por qué hemos llegado a este nivel de dependencia de la cadena de producción y con-

sumo? ¿Por qué las empresas viven tan al día, sin un mínimo de margen de maniobra para hacer frente a un parón, y sin que esto tenga que trasladarse inmediatamente a los trabajadores? Muchas de las propuestas de los movimientos que defienden el decrecimiento hace tiempo que lo advertían. Resulta escandaloso que algunos políticos hayan planteado que tenía más sentido salvar la economía que a las personas, aunque fuera a costa de aumentar el número de muertos⁴. Algunos han hablado de la crisis pospandemia en el ámbito económico, comparándola con una crisis de posguerra. Creemos que hay una gran diferencia que quizás no se tiene en cuenta para reforzar y justificar determinadas políticas posteriores: no es lo mismo una crisis tras la destrucción de las infraestructuras, como sucedió en el periodo bélico, que una crisis como la actual donde el sistema productivo se ha parado, pero no ha quedado destruido.

2.3. La ficticia igualdad

También hemos descubierto que es un virus democrático, tal y como lo es la contaminación o el cambio climático, es decir, afecta a todo el mundo por igual y no conoce fronteras. Pero también hemos descubierto que, aunque el riesgo puede ser parecido, no lo es la vulnerabilidad de cada uno. Hay factores de edad, de patologías previas, genéticos, que de manera personal te hacen más vulnerable, no solo a este virus, sino también a muchas otras infecciones. Así, descubrimos factores sociales implicados cuando miramos las estadísticas que muestran que las zonas más pobres de las ciudades han sido las más afectadas, así como las residencias de personas mayores. Deberíamos hallar los motivos, como por ejemplo pisos pequeños, gente apilada... Es decir, la prevalencia ha sido mayor entre aquellas personas que ya eran víctimas de la creciente desigualdad que ha ido generando el sistema en su versión más neoliberal. A modo de ejemplo, en Barcelona, según datos de la concejalía de Salud, el barrio de Roquetes, en Nou Barris, es el que tiene la mayor tasa de positivos (unos 533/100 000 habitantes) y la zona de Sant Gervasi-Galvany, la menor (77 casos/100 000 hab.)⁵. En palabras de Nani Vall-llossera (médica del Centro de Atención Primaria el Bon Pastor y miembro del Foro Catalán de Atención Primaria):

«El coronavirus también prevalece más en barrios socioeconómicamente más deprimidos. Está el factor de la vivienda. La calidad del lugar de residencia no es la misma en Nou Barris o en Trinitat Vella que en otros barrios, donde el número de personas por metro cuadrado es muy inferior. Hay barrios en los que en cada vivienda convive mucha gente, a veces incluso gente que no se conoce, hay gente realquilada en habitaciones... Y

4 Postura expresada en un discurso del primer ministro británico de mediados de marzo recogido por diferentes medios de comunicación: «Boris Johnson ha hecho una apuesta muy arriesgada y se juega su futuro político –y lo más importante, las vidas de muchos residentes en Gran Bretaña– con la decisión de no tomar por el momento medidas drásticas contra la pandemia y centrar su estrategia en suavizar la curva del coronavirus para que el pico de contagios se produzca dentro de un par de meses, cuando la sanidad pública podría estar más preparada para afrontar el choque. El plan, según los especialistas, responde a la resignación de que el gobierno en el fondo no va a poder hacer nada para frenar el coronavirus, que un número muy considerable de muertes (incluso decenas de miles) es inevitable, y que por tanto es mejor intentar proteger la economía de cara a quienes sobrevivan. Desde el punto de vista médico, la teoría es que cuantas más personas se contaminen ahora, un mayor porcentaje del país desarrollará inmunidad para una potencial segunda oleada de la epidemia en el otoño o invierno próximos» (*La Vanguardia*, 13/03/2020).

5 Datos de finales de marzo publicados en la [prensa](#).

esto dificulta mucho el confinamiento. No es lo mismo pasar los días en un piso de cien metros cuadrados que hacerlo en un piso de sesenta en el que viven ocho personas. En este contexto, el virus está encantado. Después está el factor del trabajo. ¿Qué posibilidades tienen determinadas profesiones menos cualificadas de teletrabajar? Son las que se concentran en estos barrios y las que están sosteniendo la vida estas semanas: cajeras de supermercados, trabajadoras familiares, gente que trabaja en el transporte público, personal de limpieza... Además, las primeras semanas han salido a trabajar sin medidas de seguridad y sigue habiendo escasez de protección. Por tanto, estos trabajadores y trabajadoras son más susceptibles de ponerse enfermos»⁶.

6 [Directa.cat](#), 7 de abril de 2020.

2.4 Las consecuencias del hiperindividualismo

La pandemia ha mostrado la importancia del sector público y la debilidad de las respuestas del mercado. Las crisis nos muestran que hay bienes, como la salud, que el libre mercado no puede proteger. Estas crisis demuestran la necesidad de recuperar lo público, ya que esta dimensión es la que está o debería estar en el ámbito de la participación de toda la ciudadanía. Veremos más adelante que para que exista lo público es necesaria la génesis de un sentido comunitario que lo administre y lo haga sentir como propio.

En este sentido, la pandemia también ha mostrado que desde una sociedad que acentúa los valores individuales poco puede hacerse ante cualquier crisis. Esto ha provocado que se activaran múltiples respuestas comunitarias espontáneas de ayuda mutua que cuestionan este individualismo extremo: un «yo» que no tiene necesidad de los otros, incapaz de generar un «nosotros», imprescindible para provocar cambios sociales. Aunque el hiperindividualismo de las últimas décadas ha ido destruyendo todo el tejido asociativo, en momentos de crisis tienden a aflorar respuestas solidarias, más comunitarias. Hay muchos ejemplos de estas respuestas: ayudar a las personas mayores que viven solas, ir a comprar para los mayores que no pueden salir de casa, hacer talleres de mascarillas, llevar comida y mantas a la gente que vive en la calle. El mercado, favorecido en parte por los propios estados, ha ido asfixiando a las instituciones sociales, pero estas, en momentos de crisis, reaccionan creando mecanismos de protección, es decir, resurgen innumerables elementos comunitarios, al margen del Estado.

2.5. Las desigualdades laborales

También entre quienes han podido seguir trabajando se han producido diferencias laborales. Quienes han trabajado en sectores considerados esenciales lo han hecho bajo mucha presión y, a veces, no con todas las condiciones de protección. Aparte del ámbito sanitario, que se ha valorado muy justamente, otros sectores menos valorados han tenido que hacer frente durante esta pandemia a situaciones laborales difíciles: quienes limpian, quienes recogen la basura, los distribuidores... ¡Ojalá que haya servido para visibilizar algunos trabajos muy invisibles, pero imprescindibles y a menudo mal pagados! Estos trabajadores no han podido confinarse y han estado muy expuestos al riesgo de contagio. Otros trabajadores, que no se consideraban actividades esenciales, han sido o bien despedidos o bien afectados por expedientes de regulación temporal de ocupación (ERTE), con la incertidumbre de perder definitivamente su empleo. Y una parte, para algunos considerada privilegiada, han podido seguir con su actividad mediante el teletrabajo, una modalidad no exenta de trampas. Y es que, aunque el teletrabajo se haya presentado como la oportunidad de reducir desplazamientos, la casa ha terminado por convertirse en un espacio donde ha desaparecido la frontera clara entre tiempo de trabajo y tiempo de descanso y de vida familiar. La empresa ha pasado también a controlar nuestro espacio más íntimo.

2.6. El exceso de positividad

Nuestra civilización occidental podría caracterizarse por ser una sociedad con un exceso de positividad⁷, donde se esconde o se le quita importancia al fracaso, a lo negativo o incluso a la misma muerte. Los padres y madres actuales intentan ahorrarnos toda la frustración a sus hijos. Esto, que se hace con toda la mejor intención del mundo, acaba incapacitando a los hijos para hacer frente a situaciones difíciles e inevitables que ocurren en la vida. Nuestra sociedad esconde la muerte, el fracaso, como si solo existiera el triunfo y lo positivo. Pero la muerte existe, no somos omnipotentes ni lo es nuestra ciencia, y así nos lo ha recordado esta pandemia, que ha provocado que centenares de personas (algunas conocidas y queridas) murieran solas en las unidades de cuidados intensivos de los hospitales...

⁷ Concepto usado por el filósofo Byung-Chul Han. En muchos de sus escritos ha descrito las características de las sociedades posmodernas. Por ejemplo, en *La sociedad del cansancio*, Barcelona: Herder, 2015.

3. LA TENTACIÓN AUTORITARIA

En este apartado no queremos valorar las actuaciones concretas que desde el poder político se han producido a la hora de abordar la pandemia. Los periódicos y las tertulias están a rebosar de este tipo de valoraciones, muchas veces sesgadas por posicionamientos partidistas. Sin embargo, querríamos fijarnos en cómo algunas de estas actuaciones ponen en entredicho las libertades, los derechos sociales básicos y, en definitiva, la democracia en sí misma. En otras palabras, nos preguntamos en este apartado si estas libertades y derechos serán la prenda con la que deberemos afrontar no solo la presente crisis, sino las que vengan en el futuro.

3.1. La ruptura del contrato social

En los estados considerados democráticos se da por hecho un cierto contrato social, un acuerdo entre el pueblo y los gobiernos que ejercen el poder político. Los ciudadanos dan legitimidad al gobierno a cambio de los servicios que este les presta, y esta legitimidad se materializa en un marco (la Constitución) que se revalida periódicamente mediante las elecciones. Es lo que denominamos «democracia representativa». Este tipo de contrato hace tiempo que se pone en tela de juicio por parte de unos ciudadanos que perciben que sus «representantes» se deben más a los intereses económicos externos que a la defensa del bienestar de sus ciudadanos. El crecimiento de las desigualdades, los recortes, la corrupción... hacen que cada vez crezca más el desencanto hacia los políticos y los sistemas democráticos. El contrato se agrieta, de modo que se va perdiendo la necesidad de legitimidad que hay en la base de toda gobernanza⁸.

En la crisis que ha supuesto la pandemia, se ha recorrido un escalón más en esta ruptura del contrato social. Cuando más necesarios parecerían los mecanismos de solidaridad dentro de los Estados y entre los Estados, los ciudadanos más desconfían del poder y de las autoridades. Y esta desconfianza tiene unas razones. Algunas de las reacciones que ha tenido el poder estatal nos han puesto en alerta, sobre todo porque pueden crear patrones que se reproduzcan ante futuras crisis ligadas al cambio climático. Por ejemplo, el hecho de visibilizar tanto en un primer momento al ejército y a la policía, ¿no indica, de algún modo, cierto miedo por parte del poder respecto de la población a la que dice servir? La hegemonía del poder económico, el incremento de las desigualdades, la privatización de tantos bienes básicos..., ¿hacen temer por parte de quienes tienen el poder que la población diga basta y se rebele de alguna forma?

⁸ Leer la reflexión de M. Castells en *Ruptura. La crisis de la democracia liberal*, Madrid: Alianza Editorial, 2017, pp. 15-28.

3.2. La doctrina de *shock*

Para entender esta reacción de los estados, podemos inspirarnos en la reflexión de algunos autores, sobre todo N. Klein⁹. Fijémonos en que a menudo los *shocks*, las sacudidas (crisis económicas, epidemias, desastres naturales o climáticos...) generan miedos y activan mecanismos de cierre comunitario, cultural por parte de la población (apañémonos nosotros solos). Como explica N. Klein, valiéndose de estos *shocks*, los Estados pueden generar formas autoritarias de ejercer el poder para conservar los privilegios de algunos, para controlar más a la ciudadanía: siempre «por su bien». El *shock*, al provocar miedo, incertidumbre, fuertes emociones entre la gente, es un buen fertilizante para que surjan fórmulas que ofrezcan seguridad, aunque sea a costa de sacrificar libertades. Hoy por hoy, cualquier Estado puede contar con mucha información sobre los ciudadanos y también puede intervenir de forma rápida ante catástrofes, gracias a los cuerpos de seguridad de los que dispone¹⁰. Sin embargo, a corto plazo, la que sale más perjudicada es la democracia, ya que paulatinamente el ciudadano se siente más alejado de la participación y los políticos electos van perdiendo peso ante otras figuras de expertos, tecnócratas, etc.

También hay que ser crítico hacia uno de los elementos típicos de la respuesta que ofrecen las autoridades en las situaciones de *shock*: las apelaciones a la unidad, a ir todos a una. Podemos estar de acuerdo con ello si expresan un llamamiento a la solidaridad, contribuir todos a la salida sin diferencias ni privilegios. Pero también es necesario reconocer que, con este llamamiento, se corre el riesgo evidente de alejar todo debate público necesario sobre las respuestas que dar. Llega un momento en el que quienes discrepan de las respuestas más oficiales parece que atenten contra la causa. Empieza la lógica de los buenos y los malos, también la terminología bélica de los enemigos. Cuando se grita tan fuerte a ir todos a una es muy fácil que quien discrepe pase a ser considerado un enemigo...¹¹ En tiempos de crisis, tendría que respetarse el hecho de que se sigue teniendo el derecho a pensar de manera diferente, ya que la historia nos enseña que al poner en duda las disidencias es cuando empiezan las derivas autoritarias.

Además, en las crisis no hay respuestas unívocas y nadie es depositario ni de la verdad ni de la solución, incluso hay pluralidad de voces entre los expertos. Tampoco en las crisis hay intereses únicos: ¡esto es una falacia! Sigue habiendo muchos intereses en juego. En un pensamiento acrítico en tiempos de crisis puede llegar a ser contraproducente y puede matar la sospecha y el control sobre determinados intereses. No perdamos de vista que en estas situaciones los controles democráticos institucionales se debilitan para dar eficacia y rapidez a las respuestas.

9 En palabras de la misma N. Klein a una entrevista: «La “doctrina del shock” es la estrategia política que consiste en emplear las crisis a gran escala para hacer avanzar políticas que profundicen sistemáticamente las desigualdades, enriqueciendo a las élites y debilitando a los demás. En tiempos de crisis, la gente tiende a concentrarse en las urgencias cotidianas para sobrevivir como sea y tiende a contar sobre todo con los que están el poder. En épocas de crisis, desviamos un poco la mirada, lejos del juego real» (Ctxt, núm. 258, marzo 2020). Esta doctrina del shock está ampliamente explicada en su libro *Doctrina del shock: el ascenso del capitalismo del desastre*, 2012.

10 Es interesante la reflexión que lleva a cabo un sociólogo de la Sorbona, Razmig Keuchegán, sobre el papel de las fuerzas armadas en situaciones de crisis, como las derivadas del cambio climático (*La naturaleza es un campo de batalla*, Madrid: Clave intelectual, 2016, pp. 137-157).

11 Sería bueno darse cuenta de cómo el gobierno español y otros, ante la pandemia de la COVID-19, se han valido a menudo de un lenguaje más militar que científico. El uso del lenguaje no es inocente. Calificar de enemigo a un virus, movilizar un ejército, hablar de «guerra al virus»... son formas no inocentes de hacer frente a la pandemia que deberían analizarse pormenorizadamente, para descubrir qué valores transmiten. Por ejemplo, a una guerra todos deben ir a una, en una guerra el enemigo es el adversario y no puede ponerse en duda la estrategia propia (deja de tener responsabilidad en nada), su eficacia se aplica con frecuencia a que el fin, ganar, justifica los medios, se acentúa la cadena de mandos de forma muy jerárquica. También la administración Bush empleó la terminología bélica en su lucha contra el terrorismo islamista desde los atentados del 11S.

3.3. Unidad y seguridad

El gobierno español, así como otros gobiernos de todo el mundo, ha apelado a la unidad con lemas como «Unidos lo paramos». Pero lo cierto es que este lema esconde que, mientras muchos trabajadores obligados por sus empresas se exponen cogiendo cada día el transporte público, otros pueden teletrabajar... Y podríamos hablar de tantas situaciones de desigualdad que este «unidos» puede sonar un poco cínico.

Cuando el estado de alarma remita, puede quedar en el inconsciente de la población cierta sospecha de que, ante las crisis, el sistema democrático o participativo no funciona como debería (es lento, ineficaz, genera debate...). Así van legitimándose las respuestas más autoritarias. Ya lo hemos visto, por ejemplo, cuando, ante el terrorismo global, se han promovido leyes especiales, que permiten conculcar determinados derechos, y se pide unidad, y cómo este hecho va llevando a una espiral autoritaria: primero, los enemigos son los terroristas, los virus, los desastres naturales; después, pueden pasar a ser los adversarios políticos, y, finalmente, toda la población que no se somete a lo que se ordena.

Podríamos analizar cómo desde los atentados del 11 de septiembre de 2001 las democracias liberales han elaborado leyes en las que ha primado la seguridad sobre la libertad. En Estados Unidos se siguen vulnerando los derechos de los ciudadanos solo por el hecho de ser musulmanes; en nuestra casa, la denominada «ley mordaza» no habría pasado el test de quienes sufrieron y lucharon contra la dictadura franquista... Hay que ser consciente del creciente poder que tienen los Estados y que los clásicos mecanismos de control de las democracias liberales a menudo son lentos y están sujetos a un entramado que les hace parecer burocráticos, inútiles e inoperantes. Y esto en los estados que se denominan «democráticos», porque aquellos en los que la separación de poderes no queda clara y en los que quedan anulados los mecanismos de participación, o la libertad de prensa... no están en retroceso. Según muchos politólogos, se produce un aumento de las denominadas «anocracias», o formas democráticas de baja intensidad. O, en otras palabras, autoritarismos leves. Pese a que hoy el *big data* está en poder de las grandes corporaciones, con los peligros que comporta, también los estados pueden usarlo, si fuera necesario, contra sus propios ciudadanos.

Recordemos algunas noticias que llegan desde China por usar cámaras de seguridad y otras prácticas de control. Con las redes ofrecen una nueva forma de vigilancia; no es el *Big Brother* clásico (como el panóptico de Bentham), sino algo diferente: uno vigila al otro. Ya no sería un Estado controlador, un Gran Hermano, sino que nos controlamos mutuamente (cada uno es el Gran Hermano y prisionero a la vez) y también todos aportan información (cada uno la da libremente) a la red, pensando que nos favorece. La información subministrada la captan las empresas, que cada vez tienen más información para diri-

girirse de forma individualizada a cada uno de nosotros. El Gran Hermano controlaba nuestros cuerpos, nuestras acciones; la nueva red puede leer nuestros pensamientos (lo que preferimos, lo que sentimos, nuestros gustos, nuestro ocio). Puede llegar a ser un control tan fuerte que haga innecesaria cualquier forma de represión o coacción externa, pues nos seduce desde el propio interior. Acabamos convirtiéndonos en sumisos, creyéndonos libres. Así, al autoritarismo no le hace falta adoptar las formas clásicas represivas, no lo necesita: logra el sometimiento sin coacción. Unas palabras del profesor David Murillo al comentar la idea de «psicopolítica» de Byung-Chul Han pueden ayudarnos:

«Un rasgo definitorio de nuestra época es la transformación del individuo en un ser autosometido y autoexplotado, que desde la libertad se da voluntariamente a un sistema de control político injertado de la lógica colonizadora del mercado»¹².

3.4. El papel centralizador de internet

La red de internet se presentó en un principio como una utopía descentralizadora que ayudaría a fomentar las relaciones sociales. Esto se ha ido diluyendo, sobre todo, por la aparición de dos fenómenos que la ponen en entredicho: las denominadas *fake news* y el *big data*.

12 MURILLO, D., «Psicopolítica, poder, rendició i dominació en la era neoliberal», *Diàlegs*, núm. 69, julio-septiembre, 2015 (63).

- El fenómeno de las *fake news* no es nuevo, pues a lo largo de la historia humana los vencedores y las mayorías han creado sus relatos de verdad «indiscutibles»; la novedad radica en que ahora estas «verdades» se esparcen muy rápido por todo el mundo sin la posibilidad de contrastarlas. Tampoco ayuda nuestra cultura posmoderna, relativizadora y con un pluralismo axiológico extremo.
- Y el *big data* supone una vuelta a una peligrosa centralización: la acumulación en manos de las grandes corporaciones de múltiples datos y, a través de ellos, la posibilidad de adquirir un inmenso poder sobre la población. Una centralización acentuada también por la aparición de la inteligencia artificial (IA) que necesita multimillonarias inversiones tecnológicas en investigación que solo están en muy pocas manos.

Y lo que en Occidente son las grandes corporaciones en regímenes políticos más autoritarios es el propio Estado el que se sirve de las nuevas tecnologías para recentralizar todo el poder, con todos los peligros que esto supone. Así, en países asiáticos, esta recogida masiva de datos por parte del Estado puede ser incluso bien aceptada, en nombre de la obediencia y la confianza en el Estado, que subyace en la cultura y la tradición confucianas de esos países. Una cultura menos celosa del espacio individual.

Tal es el caso de China, donde se ha llegado al extremo del hipercontrol del ciudadano mediante un sistema de crédito social, inimaginable por los occidentales, que permite una valoración o evaluación exhaustiva de la conducta social de los ciudadanos en su vida cotidiana. Sin embargo, parece que esto se extiende poco a poco a Occidente, donde cada vez es más habitual que, en sus campañas electorales, los políticos usen la información obtenida en las redes. Se va creando un mundo donde todos estamos atentos para generar virtualidad e invisibilizar las realidades que no interesa mostrar. Un mundo que da más importancia a las apariencias que a los resultados reales.

Curiosamente, este *big data* lo vamos creando nosotros mismos a través de nuestra aportación voluntaria cuando proporcionamos datos en la red, cuando no nos oponemos a que haya cámaras de seguridad por todas partes... Lo vamos interiorizando por nuestro bien, por nuestra seguridad, para preservar nuestra salud. Pensemos por un momento en qué nos diría de esta intromisión en nuestras vidas privadas un liberal de la primera generación que luchó o bien contra el Estado absoluto del siglo XVII o bien contra los fascismos del siglo XX.

Tal y como nos advierte Han en un artículo, a raíz de la diferencia en la respuesta ante la pandemia entre los países occidentales y orientales:

15

«Toda la infraestructura para la vigilancia digital ha resultado ser ahora sumamente eficaz para contener la epidemia. [...] Al parecer el *big data* resulta más eficaz para combatir el virus que los absurdos cierres de fronteras que en estos momentos se están efectuando en Europa. Sin embargo, a causa de la protección de datos no es posible en Europa un combate digital del virus comparable al asiático. Los proveedores chinos de telefonía móvil y de Internet comparten los datos sensibles de sus clientes con los servicios de seguridad y con los ministerios de salud. El Estado sabe, por tanto, dónde estoy, con quién me encuentro, qué hago, qué busco, en qué pienso, qué como, qué compro, adónde me dirijo. Es posible que en el futuro el Estado controle también la temperatura corporal, el peso, el nivel de azúcar en la sangre, etc. Una biopolítica digital que acompaña a la psicopolítica digital que controla activamente a las personas»¹³.

En esta centralización de datos y en su recogida pueden apreciarse aspectos que pueden valorarse positivamente. Las respuestas que han dado los países asiáticos (China, Corea, Japón, Hong Kong, Taiwán, Singapur...), tanto los más autoritarios como los más democráticos, han sido más efectivas que las de la mayoría de los países occidentales con democracias liberales. En esta respuesta ha resultado clave la recogida de datos y un mayor control, aceptación y disciplina por parte de la población ante las medidas impuestas por el gobierno. Pero quién sabe si en determinadas situaciones el control y la centralización

13 Artículo de *El País*: «La emergencia viral y el mundo de mañana. Byung-Chul Han, el filósofo surcoreano que piensa desde Berlín», 22 de marzo 2020.

no son tan efectivos. Pensemos, sino, que al inicio de la pandemia en China se empleó precisamente el control y la centralización informativa para perseguir a los primeros médicos que, como Li Wenliang el 30 de diciembre de 2019, empezaron a dar la alarma sobre la aparición de la epidemia. Hay que decir, que tampoco los gobiernos occidentales se han caracterizado por una gran transparencia informativa, ni en esta ni en otras crisis como la de 2008.

3.5. Un monstruo grande y poderoso

El Estado nación occidental, invento de las monarquías absolutas y pasado por el tamiz democrático del liberalismo político, puede llegar, hoy en día, a convertirse en un monstruo mucho mayor y poderoso que el Leviatán de T. Hobbes. Y no porque tenga que desarrollar una coacción, sino por la aceptación voluntaria por parte de una mayoría de la población o por el silencio de la otra. Recordemos unas palabras de Bourdieu: «[...] [N]o hay ideología más efectiva que la que no requiere palabras y solo pide un silencio cómplice»¹⁴. Hay que estar atentos a cómo el Estado, aprovechando el *shock* emocional de la pandemia y alegando motivos de defensa de la salud de los ciudadanos, puede mostrar su cara más autoritaria, sobre todo cuando se sabe herido desde hace tiempo...

14 P. BOURDIEU, *Outline of a theory of Practice*, Cambridge University Press, 1977, p. 188.

En resumen, este Estado, a través del miedo, puede ir promoviendo un retorno al autoritarismo, tácitamente consentido, evitando así la politización de la población. Parece que regresa un nuevo *There is no alternative* basado en el control de la población por diversos medios. Uno de estos puede ser el teletrabajo, en tanto que factor de individualización y aislamiento físico de las personas, que no haría más que agravar los procesos de individualización ya existentes. Ciertamente, la pandemia ha generado redes espontáneas de ayuda mutua, pero lo que acaba predominando es la distancia social, no permitir determinadas manifestaciones, las mascarillas como metáfora de la incomunicación...

En todo este contexto, el poder económico no deja de ganar influencia a medida que la población se moviliza y se despolitiza. Se propone, parece, un cambio de «capitalismo», pero con las mismas élites manteniendo el poder económico, un nuevo sistema que tendrá presente el cambio climático y donde el control de la población será mayor, aprovechando las posibles nuevas crisis derivadas de la escasez de determinados recursos y del clima extremo en muchas regiones. Un autoritarismo bajo formas de democracia formal en algunos países y abiertamente autoritaria y dictatorial en otros. Un autoritarismo amable y paternalista, basado en lo que Byung-Chul Han llama «la psicopolítica», que funcionará muy bien gracias al miedo de la población. Un autoritarismo amable donde el estado de excepción será el estado normal.

4. LA GRAN TRANSFORMACIÓN

4.1. Esperanza y pesimismo

En medio de una crisis como la que estamos viviendo, a veces nos visita de nuevo la esperanza e imaginamos que abrimos los ojos e impulsamos cambios sistémicos. Pero a veces también caemos en un pesimismo poco transformador, y más bien paralizador. Si recordamos la crisis más reciente, la de 2008, Europa y Estados Unidos sufrieron el incremento del paro, desinversiones, desahucios... Se identificaron las causas y se atribuyeron a una crisis sobre todo de carácter financiero por falta de regulación global de los flujos de capitales y de las nuevas herramientas financieras (derivados, paraísos fiscales...). El ciudadano de a pie la sufrió, y posiblemente no entendió las causas, pero se movilizó y, actualmente, años después, parece que pocas cosas se han hecho para detener el complejo económico de la denominada «financiarización de la economía». Cuando hubo cierta mejora económica, la población se desmovilizó y el sistema volvió a invisibilizar a muchas de las víctimas. El monstruo estaba herido, pero los estados prefirieron ayudarlo, rescatando, por ejemplo, bancos privados con dinero público, unas prácticas más bien poco liberales.

17

Ahora volvemos a las andadas y volvemos a preguntarnos cuestiones como las siguientes: ¿la crisis de la pandemia será un viraje hacia el autoritarismo o bien un viraje hacia cambios reales? ¿Los Estados van a priorizar al conjunto de la población en sus políticas o solo evitarán el sufrimiento de unos cuantos, aquellos con más poder para influir? ¿Se volverá a priorizar el rescate de un sistema financiero o se forzará a los bancos a salvar a las pequeñas empresas de la economía productiva que han quedado más afectadas y que a la práctica son las que a menudo crean más ocupación?

Quizás tendríamos que remitirnos a las lecciones de la gran crisis iniciada en 1929 y que de algún modo se prolongó hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Tras esta guerra se produjo la mutación más social del capitalismo, con la creación en Europa y Estados Unidos de diferentes formas de Estado de bienestar. Ahora, la crisis climática tiene todavía más envergadura, ya que cuestiona de raíz nuestro sistema productivo. El sistema está a la defensiva, lo cual explicaría la deriva autoritaria y populista que hemos comentado. Una parte de este sistema es consciente de que se necesitará cambiar, pero quiere asegurarse el control de este cambio para preservar el poder de las propias élites (personas concretas, pero también fondos de inversión, grandes corporaciones...).

4.2. Un cambio por la supervivencia

Nadie duda, pues, de que la pandemia que sufrimos puede ser una oportunidad para incitarnos a repensar nuestra casa común para hacerla más habitable, para repensar nuestro sistema productivo y nuestro consumo, es decir, para cuestionar los valores de nuestro sistema económico. Como ya comenté en dos Cuadernos de Cristianisme i Justícia que escribí recientemente, uno sobre la Encíclica *Laudato si'*¹⁵ y otro sobre el *Decrecimiento*¹⁶, el cambio climático es una espina que se ha clavado en el corazón del sistema socioeconómico y que le pide profundas transformaciones. Estamos viendo que el viejo paradigma no ofrece respuestas adecuadas. Incluso un político neoliberal se expresaba de este modo a raíz de la crisis de la COVID-19:

«Mañana tendremos tiempo de sacar lecciones, de interrogarnos sobre el modelo de desarrollo que aplica nuestro mundo desde hace décadas y que ha revelado sus fallos, nos tendremos que interrogar sobre las debilidades de nuestra democracia. [...] Pero lo que ya ha revelado esta pandemia es que la sanidad gratuita, sin condiciones de ingresos, de profesión, nuestro estado del bienestar, no son costes o cargas, sino bienes preciosos, unas ventajas indispensables [...] y que este tipo de bienes y servicios tienen que estar fuera de las leyes del mercado»¹⁷.

O bien la reflexión del periodista y filósofo J. Ramoneda:

«La COVID-19 debería abrir la época del respecto ecológico y de la recuperación de la noción de límites. La alternativa serán los confinamientos, la restricción de las libertades, el mito de la eficacia del autoritarismo. Como indica Jean-Luc Nancy, estamos ante una excepción viral que es biológica, pero también informática y cultural. En el fondo, el confinamiento es una metáfora de esta realidad»¹⁸.

Es decir, ha llegado la hora de replantearnos el modelo productivo como un avance, un escalón más de consciencia que alcanza la humanidad. Un cambio para sobrevivir, para que así haya un futuro para las siguientes generaciones. Un cambio que tiene que pasar por un periodo de incertidumbres, por un periodo de sufrimiento, de idas y venidas, fruto de los miedos, de la resistencia al cambio por parte de quienes ostentan el poder económico y político. En este interreino que ya citaba A. Gramsci, donde el viejo orden no se sostiene y el nuevo solo se intuye, alguna cosa se está gestando, pero no acaba de nacer...¹⁹ Estos interreinos pueden ser periodos de profunda insolidaridad o bien periodos en los que la consciencia de incertidumbre y fragilidad haga aumentar la solidaridad para que los más débiles, los que se encuentra en el limbo del sistema, sean también tenidos en cuenta y no sean descartados. El planeta dispone

15 Joan CARRERA (2019), *Vivir con menos para vivir mejor. Superar la ideología del crecimiento limitado*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, Cuaderno nº 214.

16 Joan CARRERA y Llorenç PUIG (2017), *Hacia una ecología integral*, Barcelona: Cristianisme i Justícia, Cuaderno nº 202.

17 Artículo de El País, del 12 de marzo de 2020, en el que se comenta el discurso de la nación de E. Macron.

18 Artículo del periódico Ara, del 22 de marzo de 2020, «La vulnerabilitat i la consciència dels nostres límits».

19 «La crisi consiste appunto nel fatto che il vecchio muore e il nuovo non può nascere: in questo interregno si verificano i fenomeni morbosi più svariati.» Gramsci, A., *Quaderni del carcere*, «Ondata di materialismo» e «crisi di autorità», Volumen I, Cuaderno 3, pp. 311, 1930.

de recursos, y la economía y la tecnología pueden ponerse al servicio de todos los habitantes durante este periodo de transición.

Quizás sería necesario afirmar que la pandemia actual y las crisis ecológicas que vamos sufriendo a pequeña escala son un preludio, un anuncio de otra enfermedad mucho peor, como dice a menudo J. Richmann: «El cambio climático es el síntoma, pero la enfermedad es el capitalismo»²⁰. O cuando Klein titula su último libro *Esto lo cambia todo: el capitalismo contra el clima*. Deberíamos replantearnos profundamente nuestro sistema productivo desde unos valores que garanticen el futuro de la humanidad, ya que las llamadas «soluciones verdes» o las propuestas de sostenibilidad no son ni posibles ni suficientes, y suponen solo una pequeña demora de la catástrofe.

Creemos que para que este interreino en el que vivimos no termine convirtiéndose en un periodo autoritario necesitamos:

Despertarnos, estar atentos

Hacernos conscientes de los nuevos opiáceos que nos adormecen y que hacen que no nos indignemos por nada de lo que sucede. En nuestro mundo actual hiperacelerado, donde todo sucede a gran velocidad, deberíamos acentuar una actitud fundamental que implicara interrumpir, parar, hacer una pausa... Detenernos para darnos cuenta de los ruidos que a menudo no nos dejan pensar, que nos ocupan y nos preocupan; ruidos que nos instan a respuestas inmediatas y que no nos permiten pensar en profundidad posibles respuestas nuevas. Fijémonos en cómo las nuevas tecnologías favorecen este tipo de respuestas inmediatas que a menudo son simples por el hecho de que no son muy pensadas ante problemáticas bastante complejas.

La pausa no es pasiva, sino altamente productiva, ya que nos permite tomar distancia de lo que ocurre y nos ocurre; permite imaginar posibles respuestas diferentes a las hegemónicas del sistema actual. Una pausa que permite la duda, la vacilación humana (y otros sinónimos con matices diferentes: perplejidad, incertidumbre, indecisión, titubeo, escepticismo, inseguridad, incredulidad, tanteo). Una pausa que permite la indagación profunda, no solo la indignación superficial y emocional o ruidosa, sino la indagación que es energía transformadora: las cosas no tienen por qué ser así, podrían y deberían ser de otra forma. Una indignación transformadora que nos hace huir de la inevitabilidad, del «no hay anda que hacer» (del mantra neoliberal TINA), del «nada se puede cambiar».

Una pausa que nos permite mirar más allá de los decorados de cartón piedra, en la profundidad de las cosas, que nos hace abrir los ojos a las causas que hay detrás del mal que sufren muchas personas, causas que permanecen

²⁰ Frase repetida en muchas de sus conferencias y entrevistas, por ejemplo en: Jorge Riechman: "El cambio climático es el síntoma pero la enfermedad es el capitalismo", en kaosenlared.net, 19 de marzo de 2019.

invisibles para no perturbar nuestra superficial tranquilidad. Una pausa que, en definitiva, permite la sorpresa (sus sinónimos aportan matices diferentes: admiración, embelesamiento, extrañeza, desconcierto, estupefacción).

En el fondo, la pausa permite dudar ante todo aquello que hemos normalizado, de todo aquello que nos ha venido dado sin cuestionamientos, de los axiomas hegemónicos que nos vienen impuestos y que condicionan todo lo que sucede. Muchas tradiciones religiosas recogen esta misma idea mediante la palabra «contemplación», que no debemos considerar como acción aislada, sino como una forma de vida. Es la vida contemplativa basada en el silencio, en hacer callar los ruidos externos e internos que no permiten pensar críticamente ante la realidad. Un silencio que permite una acción no gregaria, no repetitiva, sino que tiene algo de creativo, de nuevo. Una acción radicalmente transformadora.

Repolitización

Como hemos indicado, la pausa llevará al hecho de que los ciudadanos se repoliticen, que se movilicen contra cualquier avance autoritario. La repolitización en positivo será la mejor manera de frenar el autoritarismo que avanza aprovechando nuestros miedos.

20

Repensar el modelo económico

La creatividad es necesaria para repensar un modelo productivo que conjugue igualdad y respeto por el medioambiente. Repensar el modelo productivo en la línea de lo que proponen los movimientos de decrecimiento y los movimientos ecologistas para que la humanidad perdure y no lo haga solo una minoría privilegiada.

Desde qué valores

Será necesario pensar y socializarnos a partir de unos valores nuevos que aceptemos como guía de los cambios necesarios. Quizás sería preciso releer los valores que se proponen desde la ética ecológica y desde los movimientos del decrecimiento²¹. Y, si queremos que los cambios sean efectivos, es preciso empezar activando procesos deliberativos que profundicen en los mecanismos democráticos. El método deliberativo será clave para que se acepten las transformaciones que deberán proponerse. Tengamos en cuenta que deberán modificarse estilos de vida, recuperar valores en desuso como la austeridad,

²¹ Volvemos a hacer referencia a los cuadernos 202 y 214 de Cristianisme i Justícia, ya citados más arriba donde se mencionan los valores ecológicos de *Laudato si'* y también los valores de los movimientos que proponen decrecer o crecer de otra forma..

redistribuir recursos... La deliberación supone una repolitización en el sentido de hacernos salir de nuestro individualismo para generar dinámicas comunitarias. La deliberación debería ser un método que ayudara a reconstruir una democracia basada en un proyecto en común que acepta, a la vez, la pluralidad, pero propone unos mínimos comunes necesarios. Si no desarrollamos este tipo de democracia, terminaremos cayendo en la dictadura de los expertos, una dictadura que se nos presenta neutra, pero que con frecuencia esconde opciones ideológicas e intereses muy concretos.

Recuperar lo público, como comunidad

Entendemos por comunidad o comunitarismo todo aquello capaz de crear relaciones sociales, que haga salir a las personas de ellas mismas, que cree relaciones de afecto, de cuidado mutuo, de atención entre las personas. Este marco comunitario debería romper el exacerbado individualismo de las sociedades actuales. En términos filosóficos, la autonomía humana se entenderá más como una autonomía relacional: somos, existimos gracias a los otros, es decir, no somos seres independientes unos de los otros, sino interdependientes. Formas comunitarias con un ideal de felicidad más relacional y menos basadas en tener y poseer cosas.

21

Desde nuestros parámetros actuales de entender la economía, este tipo de planteamiento significará obligatoriamente decrecimiento, ya que sus formas de producción serán diferentes: los bienes serán más duraderos y se reciclarán y se compartirán. Surgirán fórmulas comunitarias diferentes en el ámbito local, pero que también se estructurarán en uno más supralocal: comunidades de solidaridad, interdependencia y quizás también bienes compartidos. Tal vez resulte difícil imaginar una humanidad así, ya que el imaginario del capitalismo y de la estructura de los Estados modernos ha sido muy fuerte durante muchas décadas. Pero lo cierto es que este tipo de sociedades diferentes más comunitarias existieron ya en el pasado. Si no es posible construir estas alternativas, el capitalismo a la defensiva que tenemos, y que tendremos, se volverá más salvaje y requerirá formas políticas más autoritarias y represivas para poder mantenerse. Nuevos marcos distópicos aparecerán: guerras para obtener recursos clave, mundos de robots al servicio de una humanidad recluida en burbujas habitables, ingeniería genética aplicada a algunos humanos buscando una especie más resistente a la adversidad del medio, búsqueda de nuevos planetas en los que habitar... Todas estas salidas tienen en común que son salidas para unos pocos, salidas que dejarán al resto a la intemperie en un medio hostil.

El problema de la solución o la resistencia comunitaria es que requiere de un proceso de conversión social lento, en el que los individuos vayan viendo y

viviendo unos valores diferentes y los vayan experimentando como positivos. Este marco no tiene nada que ver con determinadas soluciones revolucionarias disruptivas utópicas que al final han acabado naufragando o siendo asimiladas por el sistema.

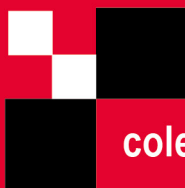
Muchas de estas formas económicas alternativas ya existen a pequeña escala y en forma casi embrionaria (cooperativas de consumo, intercambio de servicios, consumo ecológico, banca ética...). Estas formas fomentan las relaciones personales más allá del mercado o al margen de él. Todas ellas reflejan más una cultura comunitarista que no una contractual como la que hemos tenido hasta ahora.

Cabe reconocer que una alternativa así topa con un modelo capitalista que ha sabido conectar con nuestros instintos más primarios de posesión, de miedo a perder lo que ya tenemos, de construirnos solo desde nuestro esfuerzo, de tener miedo al que es diferente con una dosis normal de etnocentrismo... Todos estos instintos seguirán reclamando atención. Por eso, resulta tan importante la educación, el aprendizaje de unos valores nuevos que alejen estas tendencias y que permitan la construcción de comunidades. En lenguaje cristiano, será necesario iniciar muchos procesos de reconciliación, incluso de perdón, cuando estos vínculos comunitarios se agrieten o se rompan. Estos mecanismos, muchos de ellos en verdad originalmente religiosos, serán básicos para que los marcos comunitarios puedan sobrevivir a las tensiones.

Y debemos decidirnos

En esta sacudida que ha supuesto la enfermedad, tal vez hemos descubierto que el tiempo oportuno (el *kairós* griego)²², el tiempo de salir del miedo y de ir construyendo futuro, está más cerca de lo que creíamos. Nuestros hijos e hijas se lo merecen, sobre todo porque se merecen tener futuro.

²² En el sentido griego de *kairós*, como momento adecuado, como oportunidad, como inspiración.



colección virtual

1. **Mons. Oscar A. Romero, un defensor profético de los Derechos Humanos.** Xavier Alegre
2. **Treinta años de reformas laborales en España.** Joan Coscubiela y Eduardo Rojo
3. **Al que tiene, se le dará; al que no tiene, se le quitará.** José Eizaguirre
4. **Injusticia e ineficacia.** Julia López
5. **Las finanzas al servicio del bien común y de la paz.** Mario Toso
6. **Un salario que corresponda a la dignidad humana y al bien común.** Jesús Renau
7. **Diez barcas varadas en la playa.** José Luis Iriberry
8. **Reflexiones sobre “espiritualidad del trabajo” en tiempos de precariedad.** Darío Mollá Llácer
9. **Inmigración y nuevas encrucijadas.** Alberto Ares
10. **¿Qué nos jugamos?** VV.AA.
11. **Romeros de América.** José I. González Faus
12. **Retiro en la ciudad.** Pepa Torres
13. **Vidas entregadas: Teresa de Jesús Ramírez y Dorothy Stang.** Clara María Temporelli
14. **Economistas profetas.** José I. González Faus
15. **Cataluña y España: entre el reconocimiento y la negociación.** Josep F. Mària Serrano y Ramon Xifré
16. **Soñamos la ciudad, la construimos juntos.** Varios Autores
17. **En las víctimas está Dios reconciliando el mundo.** F. Javier Vitoria
18. **Capital e ideología. Selección de textos.** José I. González Faus
19. **COVID-19: Más allá de la pandemia.** Joan Carrera i Carrera

La colección virtual es una recopilación de materiales publicados exclusivamente en la web. Aquí encontrarás cuadernos que por su extensión o por su formato y estilo diferentes no hemos editado en papel, pero que pensamos tienen el mismo rigor, sentido y calidad que los Cuadernos CJ. Deseamos que circulen por la red, y para ello contamos contigo.

Encontrarás los cuadernos de esta colección en: www.cristianismeijusticia.net/virtual